

"SI NO QUIEREN
SABER LA VERDAD,
QUE NO ME
BUSQUEN"



Santa Teresita

Editado

Número 692

TERCER MILENIO
TERCER MILENIO

por: FUNDACIÓN MISERICORDIA DIVINA Asociación de Laicos Católicos

Casilla de Correo n° 7 - B1880WAA - Berazategui - Argentina

Entregado en mano - No arrojar en la vía pública

Dulce como la miel (Vida de Santa Imalda) Nota 2



En la misma ciudad, los clanes se oponían unos a otros. Luchaba una familia contra otra, transformándose cada mansión señorial en verdadera fortaleza, capaz de soportar los asedios: hasta algunas construyeron elevadas torres -una de ellas no tenía menos de cien metros-, parecidas a torreones, para poder instalar en ellos a sus centinelas y soldados; dos de estas torres

pueden verse todavía en nuestros días.

Dolorosa situación esta, perfectamente perceptible para una sensible muchachita como Imalda. Por otra parte, ¡cuántas cosas tristes había en esa época!; se aseguraba que el Papa se había visto obligado a abandonar Roma, por no considerarse seguro en ella, habiéndose refugiado lejos, en el reino de Francia, en una ciudad llamada Aviñón, en la que se mandaba construir un gran palacio. En toda la Iglesia, esta ausencia del Papa de la Ciudad Eterna se consideraba como un presagio funesto: desde hacía trece siglos, a partir de la muerte de San Pedro, mártir del circo de Nerón, los Papas habían residido siempre no lejos de su tumba. ¿Qué podría suceder ahora que el jefe de la Iglesia se hallaba lejos? Por todo esto oraba tanto la pequeña Imalda. Rogaba al Señor que concediera la paz a los hombres, que los hiciera menos violentos, menos apegados al dinero, menos brutales, que protegiera a su Santa Iglesia Católica contra todos los enemigos.

Felizmente, en Italia quedaban todavía verdaderos cristianos. En el siglo precedente, dos santos excepcionales se dieron a conocer, de los que el mundo hablaba todavía: uno de ellos, San Francisco, aquél que se conocía con el sobrenombre de "el pobrecillo de Asís", el cual, después de haber sido en su adolescencia un muchacho ardiente y apasionado del mundo, como tantos otros, había dejado repentinamente todo, renunciando a la fortuna de su padre, consagrándose a Dios, para vivir en santa pobreza. No había apenas lugar en Italia en donde no se contaran las maravillas de su vida y cómo había domesticado a un carnicero y terrible lobo, y hablado a los pajaritos del cielo. Ni había en dónde no se entonaran los cánticos tan sencillos y sublimes que había

compuesto. Y el otro santo, cuya gloria se hacía inmensa, santo Domingo, el elocuente español afincado en Italia, del que se contaba que en el día de su nacimiento había brillado una estrella sobre su frente. Con su palabra, con su acción, había dirigido encarnizadas luchas contra los herejes, cuyas doctrinas se oponían a la fe verdadera. Fue el fundador de los "Frailes Predicadores", de los "Dominicos", vestidos de una especie de túnica blanca y abrigo negro, cuyos sermones hacían acudir ríos de muchedumbres a las iglesias. En Bolonia tenía justamente la tumba. Un sepulcro de mármol en el que se veían esculpidas las principales escenas de su vida, obras de un gran artista, Nicolo Pisano. Frecuentemente, Imalda iba a rezar a la basílica de Santo Domingo, cerca del monumento funerario. Muchas veces le había pedido al santo que la aceptara en la inmensa familia de aquéllos que querían seguir su ejemplo, entre las blancas religiosas, que había visto en su convento, tan felices de orar durante todo el día e incluso durante la noche, pidiendo por la pobre humanidad a fin de que se hiciera mejor.

- ¡Imalda! ¡Imalda!

La querida voz de la hijita no respondía. Un poco inquieta, la madre corrió a lo largo de los senderos, hacia el fondo del jardín, pensando que, según la costumbre, la niña se encontraría de rodillas ante la *Madonna* y que, sin duda, se hallaría tan absorbida en su oración que ni siquiera oía las voces de llamada. Pero, sorprendida, comprobó que el lugar estaba vacío. La pequeña silueta no se dibujaba a través de los árboles, como de ordinario, entre los tres espigados husos de los cipreses; tan sólo, en el pequeño repecho que formaba el oratorio, bajo el fresco de la Virgen, se veía reposar una rosa roja recién cortada. Por ello la madre comprendió que Imalda había estado allí, pero no se había quedado. ¿Dónde podría encontrarse? Nunca salía de la ciudad sin ir acompañada de una sirvienta y, sobre todo, sin haber pedido permiso. El guardián de la puerta no la había visto pasar. Y el padre no estaba en casa, hallándose una vez más en trance de batirse, con sus hombres, en la llanura del lado de Padua o de Venecia. Poco después, dos religiosas acudieron a llamar a la gran aldaba de hierro forjado. Vestían el hábito blanco y el abrigo negro de las hijas de Santo Domingo. Esa misma mañana, dijeron, cuando salían de la capilla del convento, oyeron llamar a pequeños golpes la puerta del convento. Imalda estaba allí, tan menuda, tan

frágil. Cuando le habían preguntado qué era lo que quería, había respondido con una voz tan firme y decidida, que la Señora Superiora no había osado despedirla. Para que esta niña se hubiera atrevido a presentarse sola, en el convento, solicitando que-darse, ¿no era preciso que el Señor mismo la hubie-ra guiado? La madre dudaba. ¿Qué diría su mari-do, al volver de las batallas? Con seguridad su có-lera sería grande: su única hija, ¡religiosa! Pero ella sabía que el alma de la santita pertenecía a Cristo desde hacía tiempo, y aceptó. Y así fue como Imalda se convirtió en religiosa dominica a la edad de nue-ve años. Pronto fue la alegría y el ejemplo de todo el convento. La priora hubiera deseado que durmie-ra toda la noche, en lugar de levantarse para rezar, pero cuando la comunidad cruzaba a lo largo de los oscuros corredores y claustros que conducían a la capilla podía verse una menuda silueta deslizán-do-se entre las otras, y cuando comenzaba el cántico de los salmos se distinguía su voz cristalina eleván-dose por encima de todas. Ella, que había conoci-do en casa de sus padres todo el esplendor del lujo y todo el confort posible, vivía ahora en una desnu-da celda, en la que no había más que un incómodo lecho de pajas, una mesa y una silla y, adosado al muro, un crucifijo formado por dos bastones cruza-dos. Magnífico ejemplo, del que toda la comunidad estaba maravillada. Sin embargo, en ciertas ocasio-nes, las religiosas observan que una especie de tris-teza le cubría el rostro. Era a la hora de la salida de

misa, cuando todas venían de recibir la Sagrada Co-munión, de la que Imalda, a causa de su corta edad, no había podido participar. En el tiempo en que vi-vió Imalda era preciso tener catorce años para ser admitido a la Eucaristía, pues no fue sino hasta las sabias disposiciones del Papa San Pío X que se pro-movió la comunión en la edad más tierna posible, a fin de recibir a Dios en un alma más pura y apro-vechar los saludables efectos del Santísimo Sacra-mento. Y esta imposibilidad de comulgar era lo que desolaba a la joven religiosa. ¡Comulgar! Nadie me-jor que ella comprendía lo que esto significa de ale-gría y felicidad sobrenatural. Nadie mejor que ella adivinaba los tesoros que el alma adquiere en el ins-tante mismo en que el pequeño disco de pan pen-etra en la boca, saltando el corazón de gozo por llevar dentro de sí la carne del Señor. A menudo, en sus largas plegarias, Imalda soñaba con el momento en que el mismo Jesús vendría a ella, en que ella po-seería en lo más profundo de su ser al Salvador del Mundo, a Dios, a Aquél que tanto amó a los hom-bres que se quiso dar a ellos. ¿Llegaría ese momen-to? ¡Ah! ¡Cuántas eran sus ansias! Y la tristeza que a veces se traslucía en su dulce cara no tenía otra causa que el ver a las otras volver del altar, con los ojos bajos, en un magnífico recogimiento; Imalda no podía retener sus lágrimas. Pero Jesús, que sa-be leer el secreto de las almas, había decidido que, para ella, la fecha obligatoria de los catorce años se-ría milagrosamente avanzada... *Continuará*



El noviazgo es un éxito si el matrimonio que le si-gue es un éxito. Si el matrimonio es un fracaso, de-muestra que el noviazgo ha sido un fracaso. Pues la razón de ser del noviazgo es **el matrimonio**. El no-viazgo no tiene razón de ser en sí mismo. Es en or-den al matrimonio. Nadie se hace novio para que el noviazgo dure diez años. A algunos les dura porque empezaron demasiado pronto o se casaron dema-siado tarde. Pero el noviazgo es un estado de tran-sición, no definitivo. Aunque los novios lo hayan pa-sado fenómeno en el noviazgo y hayan disfrutado de lo lindo, si después el matrimonio es un fracaso, ese noviazgo también fue un fracaso. El noviazgo no es para pasarla bien. No es para disfrutar. El noviazgo es para preparar un matrimonio feliz. Por eso pode-mos decir que el noviazgo es un éxito en cuanto sea

un éxito el matrimonio que le sigue. Se oye mucho decir que el matrimonio está en crisis, que hay mu-chos matrimonios fracasados. Lo primero que di-go es que los fracasos matrimoniales llaman más la atención, son más noticia, porque un matrimonio feliz no es noticia, no se comenta, no llama la aten-ción. Pero los sacerdotes, que somos los que conoce-mos las conciencias, sabemos que hay muchos ma-trimoniales que se quieren y son felices. Sin embar-go, estos matrimonios no son noticia, no van al psi-quiatra, no llaman la atención. Y desde luego afir-mo que lo que está en crisis, más que el matrimo-nio, es el noviazgo. Cuando ves esas parejas de no-vios que llevan su noviazgo con tanta ligereza y fri-volidad, comprendes que necesariamente tienen que fracasar después en el matrimonio. Muchos matri-moniales fracasan porque su noviazgo fue una cala-midad. Esos matrimonios tenían que fracasar ne-cesariamente. Lo normal es que de un mal noviaz-go, salga un mal matrimonio y que de un buen no-viazgo, salga un buen matrimonio. Habrá excepcio-nes, pero son las menos. Podemos considerar que el éxito en el noviazgo está en una elección acerta-da, en un verdadero conocimiento mutuo y en un amor auténtico entre los dos. Lo primero, una elec-ción acertada. Si te equivocas al elegir, es muy fácil que tu matrimonio sea un fracaso. Si eliges mal, no puedes esperar que el matrimonio te vaya bien. Si eliges el camino que no es, no llegarás a donde quie-res. Por eso la elección es muy importante, porque

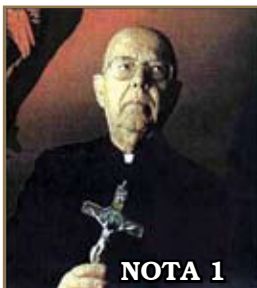
después hay que aceptar a la persona como es: el intentar cambiarla en su modo de ser es causa de muchos conflictos. Siempre se ha dicho: «el matrimonio es una lotería». No sabes lo que te va a tocar. Tú no sabes cómo te va a salir el matrimonio. Tú no sabes cómo va a resultar después esta novia o este novio. Por eso ponerse en relaciones es como jugar a la lotería. Pero no. Mucho peor. Porque en la lotería, en el peor de los casos, no te toca nada. En cambio, en el matrimonio en lugar de premio te puede tocar un fardo que no hay quien lo aguante. De manera que es mucho peor que en la lotería. En la lotería, si no te toca premio, no te pasa nada. No pierdes gran cosa. Pero aquí como tengas mala suerte y tengas que cargar con un fardo para toda la vida, ¡ya verás! Hoy es muy difícil acertar en esto. Porque vivimos en unos tiempos de supervaloración de lo sexual. Vivimos obsesionados por lo sexual. Y lo sexual no es lo primero en el matrimonio. Lo sexual tiene importancia. Vamos a hablar de ello. Pero creerse que el matrimonio es sólo para la vida sexual, es una equivocación. Y el que va al matrimonio pensando sólo en la vida sexual, se lleva un chasco de campeonato. Porque el matrimonio no es sólo eso. Pero como hoy vivimos

rodeados de sexo por todas partes, de ahí la dificultad. Lo que se valora, lo que se exhibe, lo que se propaga es el sexo. Una artista de cine es tanto más taquillera cuanto más «sexy». Cuanto más despampanante, más taquillera. Ya no se escribe una novela o se hace una película que no tenga escenas de sexo. Hasta para anunciar repuestos de automóviles te ponen una mujer desnuda. A todas horas nos están explotando el apetito sexual. En los anuncios de la Tele, para anunciar una camisa, te sale una modelo provocante y después: «Camisas tal...». Señor, ¿qué tendrá que ver una camisa con el amor? Pues nada, te ponen una mujer provocativa. Así, la gente mira. Vivimos obsesionados por lo sexual. Por todas partes la explotación del apetito sexual: novelas, películas, revistas, calendarios, etc. Es una especie de idolatría de la belleza. Como si la belleza fuese lo único que cuenta para el matrimonio. Evidentemente que es un valor, ¡pero no lo es todo! La belleza facilita el amor, pero no es indispensable para el amor. Cuando el amor se basa sólo en la belleza, ese amor será tan pasajero como la belleza misma. Se marchitará.

Continuará

PROFESIÓN: EXORCISTA

El padre Gabriele Amorth es un respetado exorcista de Roma. A continuación, se encuentra una entrevista que el Padre Amorth concedió al periódico italiano 30 Días, en junio de 2001.



NOTA 1

-PADRE AMORTH, POR FIN ESTÁ LISTA LA TRADUCCIÓN ITALIANA DEL NUEVO RITUAL PARA LOS EXORCISTAS.

PADRE AMORTH: Sí, está lista. El año pasado la CEI (Conferencia Episcopal Italiana) se negó a aprobarla porque había errores de traducción del latín al italiano. Y los exorcistas, que tenemos que utilizarla, aprovechamos para señalar, una vez más, que no estamos de acuerdo con muchos puntos del nuevo Ritual. El texto latino sigue siendo el mismo en esta traducción. Un Ritual tan esperado, al final, se ha transformado en una farsa. Un increíble obstáculo que podría impedirnos actuar contra el demonio.

- ES UNA ACUSACIÓN DURA. ¿A QUÉ SE REFIERE?

PADRE AMORTH: Le doy sólo dos ejemplos, ambos increíbles. En el punto 15 se habla de los maleficios y de cómo comportarse al enfrentarlos. El maleficio es un mal causado a una persona recurriendo al diablo. Se puede hacer de varias formas, como hechizos, maldiciones, mal de ojo, vudú, macumba. El Ritual romano antiguo explicaba cómo había que afrontar esto. El nuevo Ritual, en cambio, declara, categóricamente, que está totalmente prohibido hacer exorcismos en estos casos. Absurdo. Los maleficios son, por mucho, la causa más frecuente de posesiones y de males causados por el demonio, por lo

menos el 90 por ciento de los casos. Esto es como decirles a los exorcistas que dejen de llevar a cabo exorcismos.

El punto 16 declara, solemnemente, que no se deben de hacer exorcismos si no se tiene la certeza de la presencia del diablo. Esto es una obra maestra de incompetencia: la certeza de que el diablo está presente en una persona, se tiene sólo haciendo el exorcismo.

Más aún, los redactores del Ritual no se dieron cuenta de que, en ambos puntos, contradicen el Catecismo de la Iglesia Católica, que indica que hay que hacer exorcismos, tanto en el caso de posesiones diabólicas, como en los casos de males causados por el demonio. Y dice, además, que hay que hacerlo tanto, sobre las personas, como sobre las cosas. Y en las cosas nunca está presente el demonio, sólo su influencia. Las declaraciones contenidas en el nuevo Ritual son gravísimas y muy perjudiciales, fruto de la ignorancia e inexperiencia.

Continuará

PARA RECORDAR EN ESTA SEMANA

ENERO

- S. 20 San Fabián.
- D. 21 San Publio.
- L. 22 San Vicente, diácono.
- M. 23 San Ildefonso.
- Mi.24 San Francisco de Sales.
- J. 25 Conversión de San Pablo.
- V. 26 Santos Timoteo y Tito.

Si Usted está triste, deprimido, angustiado por sus problemas, no lo dude...



Visite el **“SANTUARIO DE JESÚS MISERICORDIOSO”**

**Calle 153 entre 27 y 28 - Berazategui
Provincia de Buenos Aires
Horario de visitas y atención:
Todos los días de 9:00 a 11:00
y de 14:00 a 16:00 hs.**

... y volverá a su hogar con la paz en el corazón...

El 13 de cada mes **SOLEMNE PROCESIÓN** con la Imagen Milagrosa de “María Rosa Mystica”.

Colectivos: 98 (3 y 5), 603 (1-M-6-7-4), 219 (3)

INFORMES:

DIRECCIÓN POSTAL:

Casilla de Correo n° 7

B1880WAA Berazategui - Argentina

WEBSITE: www.santuario.com.ar

E-MAIL: fundacion@santuario.com.ar

ESPECIAL PARA CATEQUISTAS

... Y CRISTIANOS DE BUENA VOLUNTAD

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA



Nota 93

... y volverá a su hogar con la paz en el corazón...
El 13 de cada mes **SOLEMNE PROCESIÓN** con la Imagen Milagrosa de “María Rosa Mystica”.
Colectivos: 98 (3 y 5), 603 (1-M-6-7-4), 219 (3)

III CRISTO SE OFRECIÓ A SU PADRE POR NUESTROS PECADOS.
Toda la vida de Cristo es ofrenda al Padre.
El Hijo de Dios “bajado del cielo no para hacer su voluntad sino la del Padre que le ha enviado”, “al entrar en este mundo, dice: He aquí que vengo para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad. En virtud de esta voluntad somos santificados, merced a la oblación de una vez para siempre del cuerpo de Jesucristo”. Desde el primer instante de su Encarnación el Hijo acepta el designio divino de salvación en su misión redentora: “Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra”. El sacrificio de Jesús “por los pecados del mundo entero”, es la expresión de su comunión de amor con el Padre: “El Padre me ama porque doy mi vida”. “El mundo ha de saber que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado”.

Este deseo de aceptar el designio de amor redentor de su Padre anima toda la vida de Jesús porque su Pasión redentora es la razón de ser de su Encarna-

ción: “¡Padre líbrame de esta hora! Pero ¡si he llegado a esta hora para esto!”. “El cáliz que me ha dado el Padre ¿no lo voy a beber?”. Y todavía en la cruz antes de que “todo esté cumplido”, dice: “Tengo sed”.

“El cordero que quita el pecado del mundo”

Juan Bautista, después de haber aceptado bautizarle en compañía de los pecadores vio y señaló a Jesús como el “Cordero de Dios que quita los pecados del mundo”. Manifestó así que Jesús es a la vez el Siervo doliente que se deja llevar en silencio al matadero y carga con el pecado de las multitudes y el cordero pascual, símbolo de la Redención de Israel cuando celebró la primera Pascua. Toda la vida de Cristo expresa su misión: “Servir y dar su vida en rescate por muchos”.

Jesús acepta libremente el amor redentor del Padre.

Jesús, al aceptar en su corazón humano el amor del Padre hacia los hombres, “los amó hasta el extremo” porque “Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos”. Tanto en el sufrimiento como en la muerte, su humanidad se hizo el instrumento libre y perfecto de su amor divino que quiere la salvación de los hombres. En efecto, aceptó libremente su pasión y su muerte por amor a su Padre y a los hombres que el Padre quiere salvar: “Nadie me quita la vida; yo la doy voluntariamente”. De aquí la soberana libertad del Hijo de Dios cuando él mismo se encamina hacia la muerte.

Continuará